

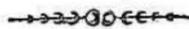
LA PRIMAVERA.

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA.

Se suscribe á 4 reales al mes en la librería de Grases, plaza de la Constitucion núm. 12; y á 15 reales trimestre fuera de Gerona; cuyo importe los señores suscritores de fuera se servirán librar anticipado al Sr. Administrador de LA PRIMAVERA por medio de sellos de franqueo.

El día de Almanzor.

LEYENDA HISTÓRICO-TRADICIONAL ESPAÑOLA.



II.

Debilidades humanas.

(Continuación.)

Cuando estaba aun en su tierna infancia y le conducía su nodriza, yo la seguía con disimulo y el corazón se me partía al contemplarlo y no poderlo estrechar contra mi pecho. Vos no sabéis lo que sea ser padre; el alma se va tras el pedazo de nuestras entrañas; en aquellos momentos padecía cuanto se puede sufrir y hubiera dado el mundo entero, si lo hubiera tenido, por darle un solo beso y llamarle ¡hijo mio! Pero mi deber, la tranquilidad de doña Dulcia y la reputacion de aquel hombre á quien tanto habia ofendido sin merecerlo, me imponían silencio, y callé.

Solo una vez me hizo traicion mi amor de padre. Era un día que estaba tomando el sol la nodriza del tierno don Guillen. Me acerqué á ella como solia, y ví que el niño estaba jugando con un relicario de singular valor. Un grueso diamante reflejaba de una manera viva los rayos del sol, y pendía del cuello del niño por una cadenilla de oro. Acerquéme mas, incitado por la curiosidad, y pude leer las sentenciosas palabras que vos habeis leído

hace poco. No pude contener un estremecimiento nervioso y dí aceleradamente un beso al niño. Mientras éste espantado de mi accion echó á llorar y la nodriza quedó como petrificada, yo huí maldiciendo mi indiscrecion y mi poca firmeza.

Doña Dulcia se habia condenado á no salir de casa. Habia hecho construir una capilla junto á su habitacion, y allí pasaba largas horas pidiendo perdon á Dios. Lo restante del día lo pasaba llorando sola. Sola os digó, porque don Lope no la habia hablado desde aquella mañana que prohibió al niño

Este se hizo hombre y se sintió impulsado de aspiraciones guerreras. Ciñó el capacete y á los veinte años en Barcelona se hablaba de él como de un bravo campeón.

Entonces sentia yo un secreto orgullo difícil de explicar. Tenia cuarenta y cinco años y vivia solo con mi escasa fortuna. No habia querido consagrarme á la iglesia, porque en caso de morir don Lope hubiera querido reparar en lo posible el mal que habia causado. Cuando veía á mi hijo padecía sin embargo horrosamente.

Corria el año de 971. En aquella época las armas cristianas triunfaban contra los moros de Cataluña y cada día una nueva escaramuza daba á los nuestros el dominio de una nueva fortaleza. Por la parte del Urgel era el punto donde de una manera mas sangrienta se ensañaba la guerra.

Fueron llamados los nobles para una expedición que el mismo conde capitaneaba. Don Lope y el joven don Guillen salieron al combate, pero en hora fatal para mí. Cuando volvió la hueste del conde entre la joven nobleza catalana se notó faltar á don Guillen de Anglesola.

En aquella ocasión tuve un recado venido de parte de doña Dulcia, que hacia veinte años habia guardado para mí un silencio continuado. Me estaba en una casita situada en una oculta calleja, y donde vivian dos venerables ancianos, padres de la doncella que sabia nuestro secreto. Comparecí á la hora que me fijó, que era la tarde, hora en que don Lope tenia costumbre de dar un paseo montado en su caballo favorito.

Era la primera vez que doña Dulcia salia de su casa despues de veinte años de continuado retiro.

La encontré en un pequeño gabinete vestida de riguroso luto. Al mirar á aquella mujer que hacia tantos años que no habia visto me espanté de mi propia obra. No veia á la mujer de hermosura fresca é incitante; veia á la dama de cuarenta años en cuya cabeza asomaban algunas canas, y cuyo rostro, si conservaba señales de una pasada beldad, tenia un no sé qué de sombrío, de funesto, que desgarraba el alma. Su palidez era estremada, y su cutis, aunque se conservaba finísimo, tenia esa transparencia que imprime la mano de la desgracia sobre las personas con quienes se ensaña.

Al verla, sentí que á pesar de mis años despertaban las pasiones que por tanto tiempo habia dominado, y corrí á abrazarla; pero ella severa é inflexible tendió hácia mí con imperio su diestra, señalándome que me detuviera.

Quedéme inmóvil y anonadado; ni una palabra pude decirle; solo tuve aliento para llorar. Ella tambien lloraba á raudales. Su doncella estaba de pié á la puerta, contemplando trastornada aquella escena.

Rompió el silencio doña Dulcia.

—Esta entrevista ha de ser corta, dijo; ella tiene dos objetos; el haceros saber que ha muerto en la guerra nuestro hijo, y el despedirme de vos, porque esta será la última vez que me veais.

Trás estas palabras se hizo mas copioso nuestro llanto. Ella sacó de su pecho un objeto y lo besó apasionadamente; era el relicario que ahora os envia para su hija Felinda.

—Esta joya la ví puesta al cuello de nuestro hijo, la dije.

—El la llevó toda su vida, contestóme; en la última campaña se olvidó de ponerla sobre su pecho y la protección del cielo le ha faltado. Esta joya me representará á todas horas lo que mas he amado en el mundo.

Y besó el relicario con efusion.

—Ningun lazo nos une ya, añadió despues de una breve pausa; no recordeis jamás á doña Dulcia de Anglesola.

—Y vuestro esposo? la dije impulsado de un sentimiento generoso.

—Mi esposo que lleva en el fondo de su corazón un pesar que le atormenta ha visto mi arrepentimiento y se ha apiadado de mí. Despues de quince años de no dirigirme ni su mirada empezó á enjugar mis lágrimas; mas tarde me dió una hija que ahora cuenta cinco años.

—¿Esta hija es la hermana Felinda? dijo preguntando la monja abadesa.

El anciano hizo un ademán afirmativo.

—Doña Dulcia me indicó luego que el objeto de la entrevista estaba cumplido; los sollozos embargaron buen rato nuestras palabras y al fin, tuve fuerzas para decirle á Dios. Iba á tomarla la mano, pero ella levantóse de repente y me señaló á su doncella que nos miraba. Entonces dijo con voz entrecortada por el llanto:

—Caballero; mi amiga os conducirá hasta la puerta.

Estas fueron las últimas palabras que oí de su boca. Desde entonces se acabó para mí toda ilusion, todo goce terrenal. Ningun lazo me unia al mundo y me determiné á hacer lo que debia haber hecho á mis veinte y cinco años. Pronuncié sagrados votos y vestí el hábito clerical.

Desde entonces paso una vida de penitente y todos los dias ofrezco mi alma á Dios y espero resignado que suene la hora de dar cuenta de mis culpas.

Así acabó el anciano su larga relacion. Habíase pasado en ella bastante tiempo y la prescripción de la orden llamaba ya á las

monjas al coro. La abadesa Matruy despidióse del padre Bernardo, quien se dirigió á las gradas del presbiterio y oró buen rato con fervor.

Rogó por las almas de don Lope y doña Dulcia de Anglesola.

(Se continuará.)

Juan Baulista Ferrer.

El retrato.

Inanimada beldad

En el lienzo es su figura;
Mas el pintor su hermosura
Trazó en él con tal verdad,
Que la creo realidad.

¿Ese matiz delicado
Tan suave no veis en él,
Donde un tinte azul mezclado
Va con el color rosado
De la trasparente piel?

¿Veis los rasgos de ese cuello
Torneado, alabastrino,
Su fino, rubio cabello,
Y ese ideal viviente bello
De su rostro peregrino?...

¿Y su mórbida cintura,
Y sus formas hechiceras,
Y esa virginal dulzura,
Y esas tintas tan ligeras
Que enaltecen su blancura?

¿Veis la pupila velada
Por fina piel exterior,
En su sonrisa el candor,
Y en su lánguida mirada
La inocencia y el amor?

¿Bien haya el diestro pincel
Que así llena el alma mia!
¿Quién mejor espresaría
La finura extrema que él?
¿Y aquella melancolía

Que me tiene horas y horas
Contemplándola arrobado,
Las formas encantadoras
Del seno terso, nevado,
Y un conjunto así acabado?

Mil veces por tu talento
Bien hayas, divino artista,
Porque tu obra en mí tormento
Así deleita mi vista
En tan dulce arrobamiento.

¡Qué quereis!... serán antojos...

Pero siempre que la miro,
Ella abre sus dulces ojos,
Y mueve sus labios rojos,
Y suspira, si suspiro.

Y su rostro, bello ideal
Exalta mi fantasía
De manera que desleal
Olvido que losa fria
Esconde el original.

José Blanzart y Camps.

Una ascension de Mr. Buslay.

Dos únicamente en tiempo de Buffon eran los medios conocidos para moverse el hombre: á pié ó á caballo; dos en aquel entonces eran los modos de comunicarse: á caballo ó á pié. Pero viene otra época y borrando con una mano las palabras *alpargata*, *carromato* y *galera*, graba con la otra en la colosal y eterna lápida del tiempo las de *vapor*, *electricidad* y *globo aereostático*. Las dos primeras cambian la faz del mundo, pero la última hace mas: le dá un sér que hasta entonces no se habia conocido: *el hombre volátil*.

Si el bueno del zoólogo resucitára, es probable que ya no nos calificára de *mamíferos*, nombre feo, y hasta ofensivo al pudor, sino que poniéndose en razon y apreciando en su debido punto la rara habilidad y levantado ánimo de los Mongolfieri y Arban, de los Grelon y Buslay, habria, mal que le pesára de admitir la calificacion que arriba hemos apuntado. Lejos de nosotros la idea de convertir este artículo en un párrafo de historia natural; pero faltariamos á nuestra conciencia de entusiastas del siglo XIX si no tomáramos acta de la creacion de un sér que llenaria á ser posible, de estupor y admiracion á las generaciones que fueron, y que sorprenderá á no dudarlo si el juicio final no se anticipa á las que ya están germinando en un cogollo de col, lechuga ó cosa parecida.

Nadie desde la aparicion del *hombre volátil* se atreverá á poner en tela de juicio lo muy incompleta que ha quedado la escala zoológica tal como Buffon y otros naturalistas la dejaron; si tan manca la vemos ¿por qué no hacerlo público? ¿por qué no indicar tan científico vacío?...

Eran las seis de la tarde: Madrid en traje de fiesta lanzábase un Domingo á la calle de Alcalá, dejaba á una mano el paseo de Recoletos y á la otra el

Prado y se dirijia con el placer que en el semblante imprime la idea del *no trabajo* hácia la plaza de Toros donde debia tener lugar un grande acontecimiento: *Una ascension de Mr. Buslay*. Habíase visto en los anuncios el obligado de *si el tiempo lo permite*, y aunque la mas blanca nubecilla no empañaba lo que un poeta llamaria *el azul sereno* pero que nosotros llamaremos simplemente la atmósfera, mas de cien cabezas tomaban la posicion horizontal para consultarla y esclamar despues: *buena tarde; ó, el tiempo amenaza*; segun la vista ó humor de cada cual.

Siempre he reparado que los espectáculos gratis *et amore* son, lo que se llama, una ovacion completa. Al revés: se trata de un baile, de un teatro ó del café? Rara vez le vereis lleno: la muger de D. Blas no ha salido para guardar la casa, la hija de D. Cándido ha optado por visitar á una amiga, y el sobrino de D. Braulio háse dado de tal manera al estudio que ha sido vano todo esfuerzo para que soltára el libro. Pero elévase Buslay: el hijo y la hija, el nieto y la nieta; los primos, los sobrinos, la criada y hasta la *Linda* perrita de lanas y *Minito* el gato de casa, todos, por supuesto, bajo la mas exquisita vigilancia del *Papá* ó la *Tia* asisten al espectáculo.

No es extraño, pues, que cuando uno llegue á la funcion, no encuentre donde poner el pié. Por fortuna, la tarde á que aludo, tuve la buena de encontrar desocupado un altillo donde cual otro Moisés podia contemplar la muchedumbre con todas las ventajas que tan buena posicion de sí arrojaba. Trepado que hube al nuevo Sinaí, desplegóse ante mi vista tal llanura de gorros y sombreros, de capotas y mantillas, que Mr. Buslay hubiese podido caer en ella impunemente, con la seguridad de que su globo no habia de tocar al suelo.

Recreábanse mis ojos en tan bello panorama cuando..... paff! un sendo espaldarazo me advirtió que no era aquel el lugar mas oportuno para tomar vistas ni buscar asuntos para artículos.

—Mas mesura, caballero, dije al advenedizo que en la rapidez del subir habia dado con mi espalda y héchome perder el equilibrio.

—Cuanto lo siento.... V. dispense.

—No hay *de que*, dije suspirando.

Hay palabras que son el escudo de Aquiles contra las revanchas que uno tomára de buen grado por las vejaciones que le infieren: gracias á ellas puédese atropellar á aquel, pisar á este, insultar á una, propasarse con otra, sacar un ojo á zutano, abrir la cabeza á mengano, siempre que, luego de

la catástrofe, se saquen á relucir con la urbanidad y comedimiento que exige la buena cortesía. Fórmulas sociales que yo llamo *coberteras* escudan de vez en cuando el cinismo del deseo ó lo insolente de la accion.

Las de mi vecino, sin embargo, no revelaban tal carácter: mitigado, pues, el dolor del batacazo pronto desapareció el sentimiento que al principio me inspiraba. Pero no era una sino muchas las plagas que en aquella tarde habian de caer: no estaba aun repuesto del primer descalabro cuando oí á mi espalda:

—Haga V. el favor.....

Y dos chulos, tres manolas y una vieja, es decir, doce piés y doce codos vinieron á disputarnos el espacio que yo y mi adlátere ocupábamos.

—Córrase V. un poco, dice un chulo á éste último.

—No vé V. que es imposible.

—Si, puede V.: este lugar es público.

—Del primero que le ocupa.

—Pues yo digo que del último.

—V. está loco.

—No señor.

—Si señor.

—Sí?.....

Plast! le dá un empujon, resbala aquel, agárrase á la vieja, esta á una manola, la manola arrastra al chulo y en menos de lo preciso para escribir estas líneas, entre tumbos y voltereta, llegan los cuatro al pié del montecito con gran risa de los que tan peregrino descenso contemplaban. Armase gran camorra; pero gracias á que, con el fin de apaciguarlo, no median los guardias urbanos, al cabo de un instante la asendereada gente vuelve á ocupar su puesto. Si aquellos para poner orden se reúnen al lugar de la ocurrencia, la cosa ya hubiera mudado de aspecto: lo menos no se acaba en cuatro horas, y de resultas mas de uno duerme aquella noche en la cárcel.

En breves instantes, no la cumbre del altillo sino sus lados ó vertientes se llenaron de espectadores: la muger se apoyaba en el hombro del marido, la querida al del amante, éste al de cualquiera y así siguiendo. Formábamos una multiple cadena que comenzaba en mí y no terminaba hasta el suelo. Gracias á ciertos movimientos que quieras no quieras hube de reparar, me convencí de la gran verdad que contiene aquel principio de Galileo: el de que en un plano inclinado *pierden su gravedad los cuerpos*.

—Oye Juan, pregunta una manola: ¿cuántos son?

—Quiénes?.

—Los que vuelan, hombre.....

—Dos, Musiur Bueslay y un carnero.

—Virgen Santísima! ¿vuela también D. Matias?

—Quién?

—D. Matias Carnero, el sastre que te viste?

—No muger: no has visto los carteles? *El señor Bueslay se elevará con un carnero, con una res, tantaza*

—Ya..... Y luego ¿qué sucederá?

—Que caerán.

—El carnero y D. Bislay?

—Pues.....

—Qué gusto! Y alegre la manola ensaya en aquel brevisimo espacio las tostadas ó el fandango con grave detrimento de los que estamos á su lado. Dan las siete y el aereonauta aun no emprende su viaje. El público se impacienta.

—Tendrá miedo, dice uno.

—Hace viento, esclama otro.

—Ahora, ahoraaaa!! clama un grupo de calaveras.

Y doscientas mil cabezas se levantan á un tiempo para bajarse despues y murmurar:

—Qué bestias!.....

—Qué embusteros!.....

—Qué humor!.....

—Hase visto!.....

Entre tanto los pisaverdes corean estos monologos con sus Haaaa! prolongado que retumba en los espacios.

Pero es ya tarde y Mr. Buslay, no puede por mas tiempo mortificar la curiosidad del público..... *ilustrado*, decian los carteles. No se hace esperar mucho: aparece el mongolfieri y entonces ¡oh Champ y Grandville!..... prestadme vuestro lapiz para dibujar las caricaturas que, se presentan á mi vista. Esté con la boca abierta, aquel con la lengua fuera, esotro con un ojo cerrado, aquella enseñando los dientes, uno rascándose la oreja, las moscas comiendo narices. Los rateros aligerando bolsillos y yo echando pestes, porque en el momento de alzarse un gordo de puntillas, agarrase de mi levita, hace trizas de su cuello y la rompe seis bótones.

Al cabo de un instante Mr. Buslay, su globo y el carnero, tres cosas distintas, parecian una misma: un grano de anís en el espacio.

Reparo, no lejos de mí, un amartelado jóven y una hermosa niña: pícame la curiosidad, dejo el altillo, acércome al grupo, y oigo: (La niña.)—Que diminuto....

(El jóven con entonacion dramática.)—Feliz, quien como él, pudiese volar á las aéreas regiones to-

mando en la cesta un sér querido, un serafin del cielo, una vírgen de Murillo, una beldad como tú, ángel mio!....

(La niña, haciendo una mueca.)—Qué loco eres....

(Yo entredientes.)—No tanto.....

(El jóven mas entusiasmado) y á semejanza de un poeta:

Húmedos ver tus ojos de ternura
Que abren al alma enamorada un cielo,
Estáticos de amor y de dulzura,
Con blando, vago y doloroso anhelo:
Májia el amor prestando á tu hermosura
Y el pensamiento deteniendo el vuelo,
Allí donde encontró la fantasía
Ciertas las dichas que soñó algun día.

(La niña.)—También haces versos?

(El jóven con indiferencia.)—Pshé.... alguna vez; pero estos no son míos....

(La niña.)—No?.... Y pues?....

(El jóven.)—De Espronceda.

(La niña que no los ha entendido.)—Pues mira son muy bonitos.

(El jóven con petulancia.)—Ya se vé que sí; pero los míos son mejores....

(Yo entredientes y apartándome cabizbajo.)—Si será Zorrilla, único rival del estremeño vate....

Un instante despues, me hallaba en la Puerta de Alcalá. Si no temiera alargar este artículo, habia de decirte, lector mio y de mi alma, lo que ocurre en una puerta estrecha, cuando pasa por ella una multitud inmensa; pero ya comprenderás que aparte ese motivo, no puedo salir del círculo que al comenzar este artículo me he trazado: el de pintarte *Una ascension de Mr. Buslay.*—EL LICENCIADO CABRA.

José Comas y Galibern.

A ellas.

El picante y malicioso diablo de la sátira, el chiste y la burla, á quien llaman Mefistófeles los alemanes, hombres muy entendidos en cosas del otro mundo, especialmente en los nombres de la familia diablesca; este diablo pues, que como dijo Sancho Panza, todo lo añasca, ó como dijo el otro, ese ente invisible é impalpable que cuando no tiene que

hacer, con el rabo.... parte nueces, se ha entretenido en hilvanar la composición que vá al pié de estas líneas, y que, en una de las tempestuosas noches pasadas, dejó en mi cuarto recomendándome su publicación. Ignoro si la tal composición es buena ó mala, aunque me inclino mas á esto último; abstrayéndome en fin de toda apreciación, ahí os la presento lectoras cumpliendo con las órdenes de tan temible personaje. Valeté.

José del Castillo y Jimenez.

GERONA.

Armonías de la feria.

CUADROS ANIMADOS.

CUADRO PRIMERO.

D' APRÈS NATURE.

Por la region azulada
 magestuoso aseendiendo,
 el sol radiante se muestra,
 el cénit limpio y sereno.
 Pura la atmósfera embarga
 embalsamada del viento
 que, rozando cariñoso
 mil semblantes hechiceros,
 roba el perfume á las rosas
 de los carrillos mas bellos,
 recibiendo la fragancia
 de su aromático aliento.
 Serpentea murmurando
 el Ter con manso escarceo
 á impulsos de blandas brisas
 que, resbalando en el terso
 rostro de su linfa, alegres
 hacen rielar el cielo,
 produciendo con su roce
 gratos, flébiles acentos
 en lánguida melodía
 que repiten dulces ecos.
 A ellos responden sonoros
 revoloteadores céfiros
 que jugando con las hojas
 de los árboles ya secos,
 melancólicos suspiran
 arrojándolas al suelo.
 Último adios del Estío!
 De Otoño místios trofeos!

Y ese azul diáfano y puro,
 la luz brillante de Febo,
 ese perfumado ambiente,
 ese suave serpenteo
 delagua que pliegues riza,
 esas brisas, esos vientos,
 esos murmurios sonoros,
 avés, árboles y céfiros,
 mezclados y confundidos,
 apacibles y risueños,
 forma plácido en la mente,
 el corazón conmoviendo,
 el mas seductor conjunto,
 grato, expansivo, halagüeño,
 chispeante de belleza,
 cuadro de frescura lleno.

Es que natura gozosa,
 canta al Hacedor supremo
 con espléndida armonía
 himnos de amor y respeto,
 que escucha el alma estasiada
 en sublime arrobamiento!

Pero ¿á donde, ó Musa, vamos
 con tanto y tales rodeos
 y esos pomposos plumajes?
 Para decir en un credo
 que en las ferias de Gerona
 el tiempo estuvo muy bueno.
 —Y aun así— dirán las niñas
 al leer mis malos versos—
 como aprendiz de poeta
 eres al fin embustero,
 que en alguno de esos días
 alegres y placenteros,
 nuestras rosadas mejillas
 las nubes humedecieron;—
 mas yo contestaré entonces
 que fué tan solo un momento,
 y algo se ha de conceder
 al colorido poético.

Dejando pues digresiones
 prosigamos nuestro cuento:
 Sin retóricos adornos,
en prosa fregona hablemos
que en las orejas se encaje,
 como dijo el buen Quevedo.

Quiero pintar de las ferias
 los encontrados efectos,
 las opuestas armonías,
 los cuadros en movimiento.
 Con tan sanas intenciones,
 cambio mi traje diablesco

por la torre cartonifera
levita y collarin tieso,
y en las calles me abandono
ufano, gachon, intrépido.

(Se continuará.)

Mefistófeles.

Cosas que sabrá quien las lea.

Existe en el mundo un animal muy conocido y vulgar, del que sin embargo no han tratado ninguno de los naturalistas pasados ni presentes; que posee en alto grado el don del habla, y á quien, no obstante, el mismo Esopo, si viviera, no conseguiria hacer comprender la espresion correcta del lenguaje.

Animal *dañino*, pero que vive y pulula entre nosotros, sin que le alcance la envenenada esencia de los modernos *glóbulos concejiles*, trastornador mil veces del orden, sin que le afecten gran cosa las diversas medidas de seguridad pública, que ejerce un papel muy importante si no el principal en la imprenta y se buila á mansalva de la severidad mas draconiana de cualquier censor. Especie de polichinela de la literatura, fórmula plástico-semoviente de agenas inspiraciones, en fin, lo he descubierto ya sin querer, dicho animal, lectores, es todo un sér racional, piadosamente hablando, es el CAJISTA.

El cajista, sensible es decirlo, es un hombre necesario en toda sociedad civilizada. Sin él ¿qué fuera de la inteligencia humana? Como difundiria esta sus luces por el universo sin la influencia mediata del cajista? Y no hay hombre mas temible sin embargo; manipula, embrolla y hace trizas palabras y conceptos que no entiende, y cual monarca, *sui generis*, es irresponsable de las aberraciones que comete en el desempeño de sus funciones absolutas.

Deslizase de una pluma galante un adjetivo *bellia* dirigido á una hermosa dama; él por medio de una punible evolucion en la *b*, la llama *pellar*. Califica otro á un pollo de *tá-bano*; tradúcelo aquel, *tebano*, haciendo intervenir una palabra de aplicacion *griega* en una frase puramente española. A un *¡chito!* lo transforma en *chato* ó en *choto* ó...

Hasta aquí maldita la novedad que ofrece

el asunto, dirá tal vez algun impaciente lector. Mas pasad si os place la vista por mi escrito titulado *Candilazos*, inserto en el número 36 de LA PRIMAVERA y convendreis conmigo en que tengo razon de sobra para estar no ya indignado, sino encolerizado y atufado y volado y... demas terminados en *ado*, que suprimo por economía.

Bajo la presion pues de tales *participios* me encaminé furioso á la imprenta de este periódico con la formal intencion de lavar con..... tinta el desperfecto que esa misma tinta habia ocasionado en el cuadro á que me refiero.

¿*Ubinam gentium sumus?* Esta fué mi entrada.

A tan inesperada salutation quedó nuestro cajista estupefacto y atónico, creyéndome sin duda poseido de todos los diablos, puesto que llegaba tan azorado y hablando en latin.

No supo qué contestar.

—¿Quién corrigió las pruebas del número anterior? añadió.

—El señor don X....., replicó.

—Imposible, el señor don X.... no puede autorizar en su recto criterio *quid pro quos* de un género tan espeluznante.

—Pero ¿qué es lo que quiere V. decir?

—Veamos las pruebas.

Estas en efecto estaban bien corregidas.

—Vé V. hombre....., vé V.?

—Pero, señor, el que lo lea se hará cargo...

—¿Qué es eso de cargo ni de data? La obligacion de V. es fijar nimiamente la atencion y ceñirse de un modo estricto al original. Pues que ¿es un grano de anís convertir en *indicativos* los *subjuntivos* y en pronombres personales las partículas conyuntivas, adulterando las reglas mas triviales de nuestra gramática y esplotándolas á placer como si fueran merienda de negros?

—Dispénseme V. que para mí están verdes esas músicas celestiales; pero con una rectificacion se salva.....

¿Como rectificacion? ¿Y el honor ageno, á veces, y la reputacion propia y hasta el sentido comun de un individuo, comprometidos, puestos á prueba de lenguas mordaces y de espíritus apasionados, por espacio de ocho, de cuatro, de dos dias, siquiera sea de veinte y cuatro horas?

Tranquilícese V. *voilà tout arrangé*: y me enseñó, ya compuesta, la siguiente rectificación que entre amostazado y mohino leí no sin decirle antes:

—Enhoramala hablára V. el francés cuando no sabe imprimir el español.

Hé aquí la susodicha

RECTIFICACION.

En la composición inserta en nuestro número anterior titulada *Candilazos*, yo el cajista confieso culpable de lesa propiedad literaria y en justa espiación de mi falta digo que en el

Verso.	Donde dice.	Léase.
51. . . .	<i>t</i> por <i>el</i>	<i>t</i> por <i>d</i> .
55. . . .	llama <i>el</i>	llame <i>al</i> .
70. . . .	<i>farasco</i>	<i>tarasco</i> .
86. . . .	yo la mollera. . . .	y la mollera.
130. . . .	Juan se trata. . . .	Juan se trate.

Está bien, pero que sea por última vez, murmuré, y héteme lector en la calle satisfecho de mi espedición.

Faltaba á última hora llenar este vacío del periódico y hé aquí que esta improvisada relación ha venido como de molde para el caso como si dijéramos un fin de fiesta al estilo de algunos teatros modernos.

Temo que este *modernos* me lo conviertan en *modelos* lo cual sentiria en verdad.

J. Peiró.

Una aparición.

En las cercanías de Chambéry (Saboya) estaba el antiguo castillo de Albertini. Un joven llamado Barbarosse, fué á pasar una temporada allí, recibiendo los dueños con mucho placer y amistad: le destinaron á una de las mejores salas.

La familia Albertini y su joven huésped, despues de haber pasado un dia muy divertido, se reunieron aquella noche al rededor de la chimenea, y se entretuvieron contando historias, unas sentimentales, otras románticas y melancólicas, otras en fin, llenas de sucesos sobrenaturales.

La tertulia se retiró á las doce y media, y Barbarosse fué á su cuarto, que tenia tres puertas; la primera pertenecía á un pequeño gabinete que estaba á la derecha, cuya ventana daba al corral; la segunda á una pequeña habitación; y la tercera era por la que nuestro héroe habia entrado en la sala,

despues de haber atravesado un largo corredor.

Llena la mente de fantasmas, Barbarosse colocó el candelero sobre la mesa, dió una mirada al rededor del cuarto, vió un ardiente fuego en la chimenea y en una de las esquinas un grandísimo sillón, y como no tenia sueño entonces, se sentó, buscando en su imaginación exaltada la pintura de las historias que habia oido. En unas encontraba grandes verdades, y en otras absurdos. La pesada campana del reloj vibró con sonido plañidor dos campanadas: Barbarosse no reparó con la hora, pues se hallaba su imaginación enteramente engolfada en sus meditaciones. . . Pero de repente fué arrancado de sus reflexiones por extraño ruido que salia del gabinete de la derecha. . . Escuchó con mucha atención, y oyó á cortos intervalos pasos muy claros en el pavimento. Entonces se dirigió con mucho silencio hácia la cama donde tomó sus pistolas, las colocó sobre la mesa, y se sentó otra vez en el sillón. . . todo volvió á su estado natural; pero era un silencio sepulcral: no se oía mas que el viento que con furia silbaba en las torres del castillo.

Barbarosse tenia fijos los ojos en la puerta del gabinete de la derecha que estaba entreabierta; un golpe atroz la abrió enteramente. . . La luz se volvió azulada y el fuego se apagaba.

Asustado Barbarosse, se levantó y comenzó á rezar con fervor, despues se volvió á sentar; el ruido se oyó nuevamente y entonces Barbarosse se levantó otra vez. cojió las pistolas y quedó como una estatua. . . Un sudor frio caía á borbotones por su rostro. . . no oyéndose nada, volvió algun tanto en sí. . . Percibe de nuevo á lo lejos el ruido de los pasos. . . Barbarosse desesperado, invocó la protección del cielo, preparó las pistolas, é iba ya á descargar en el gabinete misterioso, cuando le pareció oír un horroroso trueno, que partia las nubes y movió con estrépito la torre del reloj; las tres daban con melancólico sonido que vibraba en el pobre Barbarosse. . . . Entonces un chillido atroz le llenó de espanto. . . Y vió un grande y horroroso espectro adelantarse al medio del cuarto. A esta aparición Barbarosse vencido por la sorpresa y terror cayó sin sentido en el sillón.

La causa de aquel pánico terror, fué un gallo que habia entrado por una ventana que quedó abierta. Lo que puede una imaginación fantástica!!!

(Por extracto.)

Felipe Zappino.

Director D. FRANCISCO P. VARELA.

Editor responsable D. Manuel Galvez.

Gerona: Imprenta de Dorca sucesor de Grases, plaza de la Constitución núm. 12.—1857.